

vo fenotipo racial. «Para 1570 había en las Antillas hispanas veinticuatro poblados mayormente españoles que contaban con una población de aproximadamente 7500 blancos, alrededor de 22.150 indios, además de *un nuevo grupo heterogéneo de africanos, mestizos y mulatos que llegaban a eso de los 65.000*»¹⁷. (El subrayado es mío).

La experiencia colonialista española de que se ha hablado tiene lugar más de cien años antes de que los franceses e ingleses intentasen siquiera establecer colonias semejantes en tierras del Caribe. De hecho, durante más de un siglo disfrutaban España y Portugal del monopolio indiscutible del Nuevo Mundo. Recién a comienzos del siglo diecisiete abandonan Francia, Holanda e Inglaterra —los enemigos de España— sus desavenencias, y vuelven su atención hacia las lucrativas tierras del otro lado del océano, posando un serio reto para la hegemonía española en el Caribe¹⁸.

La característica más distintiva de las primeras tentativas de Francia e Inglaterra de establecer colonias en el Caribe es el poco éxito que obtuvieran. Las primeras colonias españolas estaban basadas en la pequeña agricultura y la cría del ganado, dentro del contexto socio-cultural provisto por la intención de crear en el Caribe un microcosmos de la vida europea del Mediterráneo. Cien años más tarde, los europeos del norte no se hallan dispuestos a encarar indios hostiles, enfermedades, climas desconocidos y dificultades físicas, a cambio de ganancias desiguales como las obtenidas de sus primeros esfuerzos en el cultivo del tabaco. En Europa existía una gran demanda por el azúcar; podrían obtenerse ganancias enormes. Evidentemente había llegado la hora de una política colonial nueva. La decisión por parte de Francia e Inglaterra de abandonar la idea de recrear microcosmos de sus propias sociedades en las colonias del Caribe y de iniciar, a cambio, el cultivo masivo de productos originarios del trópico, más específicamente el azúcar, sin otro objeto que las ganancias, habría de tener repercusiones casi inestimables en el mundo entero.

El rechazo del ideal de las sociedades coloniales por aquel otro de «explotación»¹⁹ iba a comprender la masiva importación de trabajadores forzados, una gran medida de absentismo, y la creación de una nueva organización de trabajo y de gentes: la sociedad del latifundio —desde mediados del siglo diecisiete hasta fines del diecinueve, una sociedad basada en amos y esclavos, con insidiosas divisiones y subdivisiones de clase, raza y color, por toda la extensión del Caribe. Enormes ganancias irían a henchir las tesorerías europeas, y servirían para financiar una revolución industrial y el constante crecimiento y expansión del capitalismo occidental.

Las islas del Caribe inglés son las primeras en experimentar el monocultivo intensivo, siendo Barbados la primera zona de pruebas. El experimento es todo un éxito.

¹⁷ KNIGHT, *The Caribbean...* p. 33.

¹⁸ No es mi intención sugerir que las potencias del norte de Europa no tenían ningún interés en el Caribe durante el siglo dieciséis. Por el contrario. Desde el momento en que el Papa Alejandro VI, español de nacimiento y un aliado de Isabel y Fernando, divide al mundo fuera de Europa en dos zonas, una que pertenecería a España y la otra a Portugal (Tratado de Tordesillas, 1494), Francia, Inglaterra y Holanda emprenden una ofensiva por irrumpir en el imperio de comercio español. Mas recién en el siglo diecisiete sucede que España, debilitada económica y políticamente, se ve forzada a ceder la supremacía en el Caribe.

¹⁹ Knight examina las diferencias entre los asentamientos de colonos y los de explotación en *The Caribbean...*, passím.

El sistema latifundista alcanza un máximo de desarrollo en Barbados por ahí por 1650, convirtiendo la isla en una posesión valiosa que recibiría la mayor cantidad de esclavos de todas las islas inglesas. Décadas más adelante, una vez agotados los recursos de Barbados, Jamaica asume la supremacía del cultivo del azúcar. Los franceses inician la seria producción del azúcar un poco más tarde que sus rivales británicos, pero ya para 1780 constituye Saint Domingue su principal fuente de riqueza importada.

De particular importancia dentro del contexto del presente estudio, es el hecho que las primeras sociedades coloniales españolas (Cuba, Puerto Rico) no se hayan vuelto latifundistas hasta el siglo diecinueve, y que recién en 1830 se convirtiera Cuba en el máximo productor de caña de azúcar del Caribe.

La sociedad latifundista del Caribe hispano sigue un curso distinto al de la francesa y la inglesa por razones íntimamente relacionadas con diferencias en las respectivas políticas coloniales europeas. Mientras que la estrategia inicial del imperio español pretendía fomentar la colonización, las prácticas coloniales británicas y francesas estaban dirigidas al enriquecimiento del individuo²⁰. Por consiguiente, la zona hispano-parlante evidencia una menor incidencia de absentismo y una proporción más baja de esclavos en la población (alrededor del 50% de los habitantes durante el siglo dieciocho, en comparación con un 85-90% en las sociedades latifundistas altamente desarrolladas del franco y anglo-Caribe). Recién en 1790-1804, tras la fuga del capital y de la técnica franceses de la recién independiente Haití a Cuba, y la creación de un nuevo mercado para el azúcar en la forma de las colonias norteamericanas británicas, mejor dicho, los ya independientes Estados Unidos, se desarrolla en el Caribe hispano, más específicamente en Cuba, una sociedad latifundista hecha y derecha. A fin de suplir una nueva crisis de mano de obra, se trae a Cuba cerca de medio millón de esclavos africanos entre 1823 y 1865.

El advenimiento relativamente tardío de la sociedad latifundista al Caribe hispano permite un período mucho más largo de relaciones coloniales «normales» con el centro europeo. Pues donde no se desarrollaran plantaciones —en la industria cubana del tabaco, por ejemplo— escaseaban los trabajadores africanos y abundaban los europeos. No había azúcar, no había esclavos. Como señala Eric Williams, «fueron las plantaciones de azúcar... las que aplazarían la inmigración de blancos a Cuba en el siglo diecinueve, tal como la habían proscrito en Barbados en el siglo diecisiete y en Saint Domingue en el siglo dieciocho»²¹.

Debido al mayor número de colonos europeos permanentes y al menor porcentaje de esclavos, las colonias hispánicas llegan a constituir sociedades donde la incidencia de razas mixtas es mucho mayor que en las sociedades análogas francesas y británicas. Por un lado, la cultura española había tenido más tiempo de arraigar en el ámbito colonial, influenciando clases y razas por igual. Por el otro, además de quedarse firmemente plantada en el fértil territorio del Caribe, también había logrado la cultura del Viejo Mundo engendrar algo nuevo, una «híbrida» —en otras palabras, la cultura criolla del Nuevo Mundo.

²⁰ Véase RAMIRO GUERRA Y SANCHEZ, *Sugar and Society in the Caribbean* (New Haven, 1964), p. 33.

²¹ *Capitalism and Slavery* (Nueva York, 1961), p. 27.

La importancia de España y de todo lo español cobra aún más fuerza gracias a la presencia viviente de Latinoamérica. Ni las islas francesas ni las británicas recibirían la clase de refuerzos culturales, incluso políticos, que derivaran Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo de su proximidad a ese vasto continente de un mismo habla, que compartía tantas de sus tradiciones, y que había luchado por independizarse de la misma potencia europea.

A diferencia de Barbados, Jamaica y Haití durante el apogeo de sus respectivas sociedades latifundistas en los siglos diecisiete y dieciocho, Cuba contaba ya hacia 1830 con un sector de la población plenamente consciente de su condición «criolla»²². Como señaláramos antes, son los miembros de la facción liberal de la plantocracia quienes formulan las primeras manifestaciones de carácter evidentemente nacionalista, y quienes permitirán la formación de una intelectualidad indígena o criolla.

En contraste con la situación en Cuba, la floreciente sociedad latifundista del Caribe inglés (durante la mayor parte del siglo dieciocho) constituye un factor clave del *tardío* desarrollo del sector criollo y de la cultura nacional en esa región. La gran mayoría de los habitantes eran analfabetos, relegados a trabajos forzados. Buena parte de los europeos que se habían ido estableciendo allí durante el siglo diecisiete y el dieciocho no eran sino renegados procedentes de las prisiones de deudores, burdeles, y otros ámbitos de los bajos mundos de Inglaterra, ansiosos y capacitados únicamente para la lujuria y para complacerse en las flamantes alturas que había alcanzado inesperadamente su posición social por el mero color de su piel.

De ahí la ausencia casi absoluta de creación literaria en las colonias inglesas durante el siglo dieciocho. Lo poco que se produce no es más que la ocasional obra del algún erudito observador inglés.

En el siglo diecinueve las colonias británicas dejan de constituir el foco del cultivo del azúcar y sufren una veloz decadencia económica, incapaces de superar la avasalladora competencia de Cuba²³. La pobreza y el abandono general quedan de manifiesto en el menguado desarrollo cultural de la época. Jamaica, la mayor de las colonias, no registra más producción literaria durante el siglo diecinueve que la autobiografía de un ex esclavo, algunos diarios de viajes, unos cuantos relatos de la vida en las plantaciones, y contados experimentos novelísticos²⁴.

²² Empleo la palabra «criollo» en el sentido de lo nativo y nacional, a diferencia de lo extranjero. La palabra también tiene la acepción de persona de padres europeos nacida en el Caribe, o persona de descendencia criolla y africana mixta. En el contexto de este estudio tiene más importancia la actitud —la obligación hacia el Nuevo Mundo— que la exacta composición racial.

²³ El éxito de las plantaciones cubanas se debía en gran parte a una tecnología superior y mayor grado de organización —la invención de la «central»—, como a las consecuencias positivas de sus orígenes como asentamiento de colonos. El absentismo británico obstruía toda innovación agrícola en las colonias. Véase ERIC WILLIAMS, *From Columbus to Castro* (Londres, 1970), cap. 20, para más detalles.

²⁴ Para un estudio de esta literatura, véase EDWARD BRATHWAITE, «Creative Literature of the British West Indies during the Period of Slavery», *Savacou*, I (junio, 1970), 46-73. Brathwaite sostiene que este cuerpo de literatura de hecho marca el nacimiento de la cultura indígena o «criolla», puesto que los autores poseían «un íntimo conocimiento de las Antillas y estaban en cierto modo ligados a ellas, ya fuese por experiencia o por adhesión» (p. 47). Otros críticos e historiadores discrepan y son de opinión que la literatura